

---

# Violencia, guerra y paz

Pierre Chaunu\*

**E**ncargado de iniciar la sesión 1996-1997 del Centro de Altos Estudios sobre el Armamento (CHEAr, por sus siglas en francés), el autor, en la conferencia inaugural dictada el 10 de septiembre de 1996 en el Memorial de Caen, respondió a la pregunta planteada: “¿Es el armamento factor de paz o factor de guerra?”.

*Este artículo es el texto un tanto resumido de dicha conferencia. El autor hace un muy rápido examen —en otra parte lo hace de manera más extensa—<sup>1</sup> de las palabras contenidas en la pregunta planteada. Propone salir de la dualidad guerra y paz, y prefiere un planteamiento de tres factores: violencia, guerra y paz.<sup>2</sup>*

## LA VIOLENCIA

El adjetivo (1213) es un poco anterior al sustantivo (1215); proviene del latín clásico *vis*, que significa en primer lugar fuerza en acción, y cuyo sentido primario es pues positivo: sin *vis*, no hay vida y, en todo caso, no hay nada a no ser el cero absoluto, el cero energía, tan inconcebible como la nada; pero, en *violento* y *violencia*, *vis* deriva hacia el *exceso*: lo violento es por lo menos impetuoso, mal controlado. Si bien la violencia está en todas partes donde hay vida, es a la vez indisociable de la vida y la amenaza.

\* Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón.

<sup>1</sup> El autor remite a dos coloquios que dirigió y presidió, y que fueron publicados en las ediciones PUF. *Les fondements de la paix* (coloquio del Memorial de los días 27 y 28 de febrero de 1992). París: PUF, 1993. *Les enjeux de la paix. Nous et les autres (du XVIIIe au XXI siècle)* (coloquio del Memorial, 8 y 9 de diciembre de 1994). París: PUF, 1995. También en *L'héritage, au risque de la haine*. París: Aubier/Flammarion, 1995.

<sup>2</sup> *Dictionnaire historique de la langue française*, dirigido por Alain Rey, *Le Robert*, 2 vol., París, 1992.

Para el orden social, la violencia representa la amenaza, el peligro omnipresente, que nunca deja de renacer, pero también le resulta una necesidad. Parece difícil hacer que reine el orden legal en la ciudad sin una fuerza capaz de limitar y decidida a hacerlo. Descontrolada, a menudo incontrollable, la violencia lleva por todas partes y sin parar el riesgo de matar. La violencia supera pues ampliamente a la guerra, que es una violencia con finalidad, utilizada por una *politie* para limitar al adversario a someterse, dice Clausewitz, a su voluntad.

## LA GUERRA

En francés, la guerra, surgida del fránico *werra*, registrado en formas muy parecidas en todas las lenguas germánicas, sustituyó al latín *bellum*. Esto corresponde a la germanización temprana de los ejércitos romanos. En aquello en lo que va a convertirse el francés, la guerra tiene como sentido primario “lucha armada entre grupos humanos o Estados” –los sociólogos dicen *politie*–. Así, la guerra supone un mínimo ya elevado de organización social. En la medida en que la guerra utiliza la violencia, la dirige, le da una finalidad, la delimita. Tiene un efecto láser.

## LA PAZ

Normalmente, en la lengua clásica, la paz se opone de manera habitual a la guerra. La pregunta planteada aquí tiene en cuenta esta dualidad propiamente histórica, puesto que resulta evidente en toda sociedad que se beneficie de un mínimo de coherencia. Desde el neolítico, vivimos casi necesariamente dentro de *polities*, y por ende en un estatuto social en el que paz y guerra se oponen muy naturalmente.

La *pax*, primero en su forma *pais*, que se convirtió (después de 950) en *paix* por adjunción de la *x* etimológica del latín *pax, pacis*, designa en primer lugar el hecho de establecer un acuerdo entre dos partes beligerantes. Nuestros diccionarios de la lengua clásica son más obra de juristas que de grandes teólogos: Furetière (1690), Trévoux (1743). “*Diferento* (sic) entre Estados o Príncipes soberanos que no puede terminar por medio de la justicia y que no tiene más guía que la fuerza.” Trévoux retoma y agrega

“rencilla y por la vía de las armas”. El siglo XIX (*Larousse*, 1872, *Litttré*, 1880) da entrada a los pueblos. “La vía de las armas empleada de un pueblo a otro y de un príncipe a otro para acabar con un diferendo”, dice de manera sobria y elegante el *Litttré*. “El fracaso de la justicia, la fuerza” desaparecieron. Se deduce que la paz ya sólo es aquello que pone fin a la guerra. Evitaré erigirme en árbitro entre los que consideran que la guerra es una interrupción de la paz y los que consideran que la paz es una suspensión momentánea y frágil de la guerra. No olvidemos que la paz va mucho más allá, en teología cristiana. Es don de Dios, en beneficio de la Encarnación en la paz del alma, como un regalo ofrecido en arras a la visión beatífica, eje de la vida eterna.

A mi maestro, Pierre-Paul Grassé (1895-1985), quien fue el más grande taxonomista de todos los tiempos, le gustaba decir: “En el transcurso de la evolución, nosotros [nuestros antepasados] hemos perdido nuestras conductas complejas instintivas. Se tuvo que hacer lugar en el código genético para que cupiera en él el plano de fábrica del cerebro, cada vez más grande, complejo y, por consiguiente, es tarea del córtex transmitir con las palabras de la cultura y transmitir mediante ‘ver hacer’ y ‘de oídas’ lo que ya no sabemos en la cuna.”

Darwin y sus émulos atribuyen a la lucha *interespecífica*, a la violencia (*vis*, fuerza en acción), el poder de hacer milagros a ciegas. *Violencia interespecífica, no intraespecífica*, con el instinto como protección de la especie contra sí misma. La violencia, entonces, nos resulta paradójicamente natural; la paz entre nosotros no puede ser sino cultural y, por ende, frágil.

#### “EN EL PRINCIPIO”

Los prehistoriadores llegan hoy a una casi certeza: el interminable paleolítico (menos de cuatro mil millones de individuos en tres millones de años) en camino hacia una prehumanidad es, al parecer, relativamente poco violento. Unas cuantas decenas de miles de bandas o tribus, de 30, 40 ó 50 individuos (cazadores, cosechadores, recolectores), tienen pocos contactos, salvo para el intercambio ritual de los sexos, y por lo mismo escasas ocasiones de enfrentarse, y también hay pocas cosas en juego. Los productos de la caza no se conservan, ni las bayas recolectadas. La humanidad se vuelve violenta al

acercarse el neolítico con el número, y por ende con las fricciones, y la recolección sistemática que prepara el camino hacia la ciudad (Jericó, mil individuos en un punto) y a la transformación agrícola y agropastoral (Caín y Abel). Con los graneros, el almacenamiento y la conservación de los víveres, aparecen las primeras cosas en juego. ¿Cómo apreciarlas? El estudio de los rastros de muerte violenta en los esqueletos, confirmado por la etnología, proporciona cantidades del orden del 10 por ciento de muertes accidentales provocadas. El incremento es rápido, de casi nada a un muerto de cada diez (rápido en el eje numérico, no temporal): 10 por ciento parece un máximo alcanzado con bastante frecuencia, pero nunca rebasado.

En cinco a 10 mil años, en toda la parte visible, delimitable, llegamos a una reducción que marca una tendencia del 10 al 1 por ciento, que fue la norma en los tres últimos siglos. En pocas palabras, la violencia regulada por la guerra en particular, en el seno de una *politie*, constituye una ganancia enorme en relación con la violencia anómica de principios del neolítico. Esto es lo que los historiadores pueden afirmar sin correr grandes riesgos de equivocarse.

Se deducen algunas reglas o casi leyes. La guerra<sup>3</sup> y la paz se oponen a lo largo de los dos últimos milenios, pero la paz, en el largo plazo, es globalmente lo que se opone a la violencia mortal. Y en cinco a 10 mil años, podemos saludar a la guerra, la guerra regulada, se entiende, entre *polities*, como el reductor tal vez más eficaz de la violencia que mata.

La violencia anómica, anterior o adyacente, es el asunto principal, la que mata, la que sangra. René Girard<sup>4</sup> está tan convencido de esto, que atribuye la noción de sagrado a la necesidad de detener el ciclo infernal de las *vendettas*, lo que me parece una simplificación. Con Mircea Eliade, yo asocio lo sagrado a la memorización del espacio, jalonado por *hierofanías*,<sup>5</sup> esos pronuntarios de algún arte antiguo de la memoria, anterior a las artes de la memoria que los retóricos enseñaban en la Antigüedad clásica a sus discípulos, las hierofanías que dieron origen a los *dioses poliados* que estructuran el suelo evidentemente sagrado de la Ciudad. Lo sagrado tiene pues un valor más

<sup>3</sup> André Corvisier, *La guerre, essais historiques*. París: PUF, 1995, pp. 9 y 357.

<sup>4</sup> René Girard, *La violence et le sacré*. París: Grasset, 1972.

<sup>5</sup> Término acuñado por Mircea Eliade en su obra *Tratado de Historia de las Religiones*. Se refiere a la toma de conciencia de la existencia de lo sagrado cuando éste se manifiesta mediante los objetos de nuestro cosmos habitual como algo completamente opuesto al mundo profano. (N. del T.)

ecuménico que aquel al que parece limitarlo René Girard, pero resulta claro que su misión, entre otras, es la de canalizar el riesgo vital que representa lo que yo llamo la violencia anómica.

Históricamente, esto ocurre en el momento de una mayor proximidad y de una (modesta) riqueza accesible, disponible, envidiada, fruto de un mayor esfuerzo marcado por la maldición/bendición del “ganarse el pan, el alimento, con el sudor de su frente”. Entonces estallan, de manera simultánea, la violencia anómica (primero sin reglas definidas) y la regulación, la idea de que esta violencia tenga una finalidad, un objetivo preciso. Este progreso es la guerra. La guerra, que es una violencia regulada, orientada, al servicio de un objetivo, con una finalidad. Así que les propongo que no se sumen al “condenemos la guerra” garibaldiano, sino al “condenemos la violencia y que la sustituya la guerra”.

Es necesario aprender a leer nuestros inicios. Terminamos verdaderamente de ser hombres cuando sabemos que vamos a morir. Este guión lo atestigua la tumba. Aparece con la primera transformación del número. Ubiquémonos en el paso del periodo de la cima del gran arte parietal, en la cúspide de la técnica de los microlitos y del neolítico (paso de siete-ocho a 50 millones de hombres); es entonces cuando surge la guerra, cuyo rastro se vuelve visible.<sup>6</sup>

#### LA GUERRA COMO ALGO “MEJOR”

De cualquier manera, una cosa es absolutamente segura: se trata de la lenta y oscilante caída del volumen de las pérdidas debidas a la violencia (anómica y regulada, no es posible establecer la distinción, en un principio) desde hace cinco a 10 mil años. Se deduce pues una segunda regla, complementaria de la primera (la guerra, violencia regulada, ordenada, con una finalidad, aparece históricamente como un modo eficaz de reducción de la violencia) —que planteo inmediatamente después—, el progreso del armamento desemboca (históricamente, en el mismo largo plazo) en la disminución de las pérdidas. En el largo plazo, digo, ya que de hecho, las dos proposiciones están estrechamente imbricadas. Hay que dar prueba de un poco de imagi-

<sup>6</sup> Pierre Chaunu, *L'axe du temps*. París: Julliard, 1994.

nación y considerar la heterogeneidad de las fuentes, de acuerdo con los lugares y los periodos. Es por eso que estas correlaciones escapan a los aficionados, a los tontos y a los fanáticos de toda especie.

Varios factores entran en consideración: el costo de las innovaciones, los fenómenos de histéresis, los valores en presencia, las escalas de la desigualdad fundamental de la información.

Pasamos de manera imperceptible de la violencia anómica a la guerra regulada entre *polities*, las sustituciones nunca son inmediatas, las diferentes formas, arcaicas y nuevas, siguen cohabitando. Tratemos de aclarar estas palabras abordando un punto técnico, a saber, el paso, en el enfrentamiento, del *golpe* al *lanzamiento*.

El *golpe* y el *lanzamiento*. O bien el guijarro sostenido con el muñón presentado del lado de la cintura va acompañado del brazo, o bien algo se lanza. El lanzamiento de la jabalina no es muy eficaz: poco alcance, fuerza de penetración rápidamente decreciente, fácilmente evitable.

Pero el *arco*, surgido de la jabalina, es el cohete intercontinental termónuclear en relación con los cañoncitos de la batalla de Crécy. Lo ubicamos al final del magdaleniano, es decir hace unos 10 a 11 mil años,<sup>7</sup> pero su aparición resulta difícil de precisar. El arco no se fosiliza. Así que sólo podemos contar con la representación parietal. No me es posible decir cuánto tiempo habrá sido necesario para que este instrumento, que aumenta la eficacia del cazador, sirviera para arreglar pequeños diferendos entre humanos.

Habrán sido necesarios varios milenios para que el *lanzamiento* (ese antepasado del *fuego*, incluidos el atómico y el termónuclear) supere al *golpe*. En el enfrentamiento de las grandes ciudades, hoplitas, falanges y luego legiones, el lanzamiento a pie o a caballo agota, pero el golpe zanja, domina, sangriento: 10 por ciento de muertos en el campo vencedor, de 40 a 50 por ciento en el campo vencido, luego de la ruptura y la huida. Tal es la razón por la que la ciencia del estratega consiste en elegir bien el terreno y el momento. Prueba de la supremacía del golpe, la parte largo tiempo restringida de la caballería. “En el ejército romano en tiempos de la República y del Alto Imperio, la caballería no representa nunca más que el 10 por ciento de los efectivos”.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Gabriel Camps, *La préhistoire. À la recherche du paradis perdu*. París: Perrin, 1982.

<sup>8</sup> André Corvisier, *op. cit.*, (3), p. 78.

La domesticación del caballo, de hecho, no viene sino después de la del burro, al final de la carrera, en la última parte del neolítico, en Europa oriental, y en el calcolítico, en las orillas del Mediterráneo occidental, hacia 3000 a. C.<sup>9</sup> Contemos tres milenios para que tenga peso sobre el destino de los imperios. “A menudo estamos de acuerdo en ver en la batalla de Andrínopla, en 325 d. C.”, en la que el emperador Valens muere vencido por los godos, “la apertura de un milenio marcado por la preponderancia del caballo en Europa”.<sup>10</sup>

La innovación fundamental es el par silla-estribo, introducido por los árabes hacia 650. El punto débil durante mucho tiempo es la pata del caballo. Los galos habían encontrado la hiposandalia de cuero; la solución es la herradura, que surge hacia 850 y se extiende antes del año mil. En Poitiers (732), la caballería pesada de los cristianos supera a la caballería ligera y turbulenta de los moros (arabobereberes y auxiliares “hispani” tal vez cristianos).

Podemos concederle a André Corvisier que el empleo del caballo no sólo condicionó el arte militar, sino que también tuvo influencia en las estructuras de la sociedad feudal. En una palabra, desde nuestro punto de vista, la innovación tecnológica que acarrea y resulta de la entrada masiva del músculo animal más competente en el campo de batalla va a contribuir a una forma de guerra mucho menos sangrienta. “Es un arma costosa”, aquellos jinetes son el equivalente de los aviadores, el equipamiento del jinete es “el arsenal electrónico” y la maestría de esta nueva arma exige largo años de formación. Los jinetes cubiertos de hierro son invencibles; los mongoles, cuyos asaltos fracasan ante esta muralla viviente y metálica, se darán cuenta de esto en el siglo XIII. La cristiandad políticamente dispersa es más sólida que el imperio de China tras su muralla de piedra y tierra. Este armamento de lujo “contribuyó a la formación de una ética militar elitista que caracterizó a la caballería y a la práctica de la guerra”; en el siglo XIV se usará el término “guerreable”. La técnica entra en sinergia con los valores cristianos.<sup>11</sup> A la Iglesia cristiana le costó trabajo aceptar la guerra, incluso contenida, limitada.

<sup>9</sup> Gabel Camps, *op. cit.*, (6), p. 282.

<sup>10</sup> André Corvisier, *op. cit.*, (3), p. 79.

<sup>11</sup> Henri Dubois, “La paix au Moyen-Âge”, en *Les fondements de la paix, op. cit.* (1).

San Agustín cristianizó la antigua noción pagana de “guerra justa”, pero la guerra justa no funciona de entrada entre cristianos. La Iglesia multiplica los obstáculos. Desarma, civiliza la guerra, cuida que se limiten al máximo las pérdidas humanas. Y también tiende ya hacia el cero pérdidas y lo extiende a los dos campos enfrentados.

La guerra se vuelve tan sofisticada y tan “guerrearable” que llega a ocurrir que se encuentre un pretexto para rebasar los límites y ceder a la rabia de matar. La Guerra de los Cien Años corta la preponderancia de la caballería sobreprotegida. Entramos en un nuevo ciclo. El perfeccionamiento del arco (*long bow*) contribuyó a apresurar el retroceso de la caballería.

Una dificultad persiste, insuficientemente dominada... Al lado de la guerra real, sigue vigente la guerra privada. Deja pocos rastros en la documentación. Es la intermediaria entre el enfrentamiento de verdaderas *polities* y la violencia intertribal, más arcaica. A veces cuesta trabajo distinguirla del bandidaje. Aparentemente poco sangrienta, unitariamente, aunque abundante, implica fuertes pérdidas que sólo dejan pocos rastros. No produce archivos. El señor, jefe de una minúscula *politie*, con o sin autorización real o principesca, se entrega al incendio de las cosechas y de las casas en ruinas del adversario. ¿Cuántas víctimas de fuego pueden imputarse a esta violencia rampante que no es guerra por completo? El retroceso, y luego la eliminación, de la guerra privada de los siglos VIII-IX a los siglos XV-XVII son, en la cristiandad latina, el mayor reductor de la violencia. Francia e Inglaterra son las primeras en deshacerse de ella, y es algo ya patente a finales de los primeros treinta años del siglo XVI; las sigue España con más de un siglo de intervalo; Alemania, mucho después; y el espacio danubiano, sólo en el siglo XVIII.

La reprobación categórica que condena en Francia las guerras de religión –cuyas fases más sangrientas, como lo demostró Denis Crouzet, se sitúan en el decenio 1560-1570, antes de la organización de los dos bandos, más próxima pues de la Matanza de San Bartolomé (1572)– (además de la reflexión teológica sobre la motivación pretextada) se explica por el sentimiento de una regresión y del resurgimiento de un pasado rechazado. Las guerras de religión son como una forma de guerra privada salida de cenizas todavía encendidas. Pero ya no es sino un leve sobresalto.

## UNA GUERRA PUEDE ESCONDER OTRA

De manera más sutil, en el interior mismo de los ejércitos reales, dos tipos de guerras cohabitan y durante mucho tiempo permanecieron yuxtapuestas.<sup>12</sup> En el siglo XVI, el caballero va acompañado de un escudero, el piquero, ese caballero sin caballo, que aprendió las sutiles maniobras del “tercio”,<sup>13</sup> y que por su parte también se hacía acompañar, para cargar su pesado y costoso equipo, de un sirviente (*goujat*). Si bien el caballero y el piquero practican entre cristianos la guerra guerreable, los sirvientes practican entre ellos, en su beneficio, una forma de guerra mortal, en enfrentamientos y devastaciones de los bienes de los campesinos, una forma de guerra anexa, parásita, en la que la violencia encuentra muchas menos limitaciones.

El lanzamiento se transformó en fuego, la ballesta, de manejo delicado y que tiene mala fama, cede rápidamente su lugar al mosquete, antes de que con la piedra, el fusil no les lleve la delantera.<sup>14</sup>

En el siglo XVI, el *golpe* y el *fuego* conservan la jerarquización antigua de los valores. El prestigio del golpe respecto del fuego heredero del lanzamiento subsiste hasta el casquillo (generalizado hacia 1700) que, al juntar el fusil y la bayoneta, reúne en la misma arma el pasado prestigioso y el porvenir eficaz de un tiro cada vez más vigoroso, del que no tardan en aprender a protegerse. El prestigio del golpe, y de la proximidad cuerpo a cuerpo, de lo tangible, sigue siendo durante mucho tiempo un elemento básico del arte militar. Así, el piquero, en los siglos XVI y XVII, le lleva la delantera al mosquetero. El retroceso regular de la caballería se explica por el perfeccionamiento de la maniobra a pie. El tercio español, ese cuerpo de élite por excelencia, evoluciona en el campo mismo de batalla, con la precisión –y estoy tentado a decir la elegancia– de un ballet de la corte. Imposible alcanzar ese grado de perfección con caballos que se encabritan. El hombre obedece mejor.

<sup>12</sup> André Corvisier, *op. cit.*, (3), p. 37.

<sup>13</sup> En español en el original. Cuerpo de infantería que en los siglos XVI y XVII equivalía al actual regimiento. Los tercios fueron la unidad administrativa y táctica de la infantería española de 1534 a 1704. (N. del T.)

<sup>14</sup> André Corvisier, *op. cit.*, (3), pp. 161 y 170.

En una palabra, pues, el único dato objetivo es el del volumen global de las pérdidas humanas, consecuencia directa o indirecta de una acción violenta, la que hace funcionar a la guerra. Esas pérdidas pueden evaluarse de manera desigual. Los efectos de las guerras reguladas entre *politíes* pueden medirse de manera relativa, los de la violencia difusa, la que escapa al control de las sociedades complejas, en el mejor de los casos pueden ser evaluadas. La resultante es difícil de alcanzar. Algo es seguro: dicha resultante es, en pocas palabras, decreciente. Proporcionalmente, la guerra mata menos; su objetivo no es matar, sino vencer. El progreso del armamento acompaña al de las sociedades y de los medios económicos disponibles. La nueva arma mata por sorpresa.

Así, las pérdidas son inversamente proporcionales al nivel de desarrollo del armamento. La historia no empieza verdaderamente sino en el neolítico. Se cuentan siete mil millones de destinos antes, en un periodo de tres millones de años, y ochenta mil millones desde entonces, en un periodo de diez mil años. Las primeras sociedades neolíticas pagan un tributo tanto más pesado cuanto que son menos complejas. La guerra regulada economiza la vida, pero el factor masivo de reducción de pérdidas humanas corresponde a los progresos del control estatal, cívico, sobre los territorios alejados del centro de decisión. Con una ventaja, rápidamente, del Oeste sobre el Este.

¿EL SIGLO XX HARÁ QUE NO SE CUMPLA LA REGLA?

Sería fácil escribir una historia que se detuviera en 1914. Les haré el esbozo de tal historia. Paso planetario de cerca del 10 a menos del uno por ciento de mortalidad violenta, que no contradicen algunas sacudidas notorias. Descenso, camino hacia menos del uno por ciento de pérdidas, en las zonas de población y de control directo europeo. En el espacio de Europa, la fase de construcción de los grandes Estados administrativos va acompañada de pesadas sangrías (Francia, en 1710, 400 mil hombres para las tropas reguladas, cerca de 600 mil, milicianos y guardias costeros incluidos, más pesado para la nobleza que para los plebeyos; con una tasa del 11 por ciento de pérdidas en relación con los efectivos). Nada prueba que dichas pérdidas excedan a las del siglo XVI y de la primera mitad del XVII, cuando se incluyen las pérdidas debidas a la violencia, a las revueltas y a las zonas todavía mal controladas.

La institucionalización de la guerra, de finales del siglo XVII al XIX, incluye efectos benéficos; la práctica de la guerra de masas en el siglo XX implica un retroceso pasajero, anunciado por el lamentable episodio revolucionario.

Si salimos del espacio europeo, notamos que el control colonial sobre las tres cuartas partes del planeta, luego de los efectos del golpe microbiano y viral sobre la América de las planicies, en la primera mitad del siglo XVI, redujo de manera considerable las pérdidas imputables a enfrentamientos ya sea internos propios de estructuras de Estado débiles (por ejemplo, en China, la rebelión de los taiping), ya sea a fricciones de carácter intertribal. El periodo de un siglo, de 1815 a 1914, corresponde al nivel mínimo de pérdidas planetario jamás alcanzado, más cercano que nunca al nivel cero.

Cañones de acero, cargados por la culata, cañones estriados, armas automáticas, submarinos (diesel eléctrico...), no es difícil apreciar el ritmo del progreso técnico en relación con lo que precede o con lo que sigue. Si la historia se detuviera en 1914, la respuesta a la pregunta planteada sería simple, inequívoca: un sí franco y masivo. El progreso del armamento en 10 mil años fue sin duda un factor de paz. La correlación es estrecha entre los progresos del armamento, la producción de armas y la disminución de las pérdidas debidas a la guerra, y de manera global más claramente debidas a la violencia (incluida la guerra).

#### LA VERDADERA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

Las cosas se complican un poco con la segunda “guerra de treinta años” (1914-1945). El célebre argumento de los comerciantes de cañones belicistas, que repite hasta el cansancio el muy inepto “Imperialismo, última fase del capitalismo” de Lenin, no resiste la crítica. François Crouzet y François Caron, historiadores economistas, autoridades tanto en Francia como en los países anglosajones, han demostrado la insensatez del dicho. Los capitalistas saben que lo que enriquece no es la guerra sino la paz. En tiempos de paz, la parte de la industria de guerra es muy débil y, en tiempos de guerra, las ganancias netas del sector tienden a cero en virtud de las trabas y las sangrías. El argumento tiene un valor emocional. Ni la economía de la Alemania nazi ni la de la URSS funcionaban de acuerdo con las leyes del mercado... El periodo que comienza en 1933, de acuerdo con un estricto análisis

marxista, habría tenido que desembocar en un periodo pacífico, con pérdidas casi nulas. Es inútil perder el tiempo en refutar semejantes teorías.

Dos puntos delicados: 1914 y la instauración de la paz atómica de 1945 a 1991. Mi tesis cabe en dos o tres enunciados.

El desencadenamiento de la primera Guerra Mundial no es premeditado.<sup>15</sup> Nadie lo desea en realidad, al menos nadie responsable. La secuela de 1939 fue tan fatal como el desencadenamiento de 1914 fue casual. Es por esa razón que no hablo del desencadenamiento de la guerra de 1914-1918, sino de la guerra de treinta años de 1914-1945.

El objetivo del sistema de alianzas no es la guerra sino la paz. Las alianzas complementarias de 1895/1900/1914 son apenas menos eficaces que la cogarantía bismarckiana, más sutil. Fue necesario, para desencarrilarlo, un concurso muy improbable de circunstancias. La suma de errores es agobiante, con el gobierno imperial alemán como el que acumula la mayor cantidad.<sup>16</sup> De qué sirve la guerra cuando la paz le garantiza a uno estar en primera fila. Alemania publica desde 1900 más títulos que el Reino Unido, Francia y Estados Unidos juntos. Su economía le pisa los talones a la de Estados Unidos. La carrera por la supremacía naval fue un error. ¿De qué sirve provocar al Imperio Británico en el único plano en el que Inglaterra es invencible? En 1912, poniendo rumbo hacia la artillería y las armas automáticas, Alemania desacelera. El gobierno alemán piensa que esta voluntad de apaciguamiento no pasa inadvertida en Londres. El estado mayor comete entonces un triple error: sobreestimar a Rusia como enemigo principal, subestimar a Francia y no medir los riesgos en cuestión de política internacional del plan Schlieffen,<sup>17</sup> que diplomáticamente sólo resulta tolerable en el caso de una agresión deliberada de los francorrusos, en la hipótesis de un compromiso absoluto de Francia hacia Rusia, consecuencia de una agresión rusa evidente, no provocada.

<sup>15</sup> Georges Sountou, "1914: vers la guerre des trente ans. La disparition d'un ordre européen", en *Les enjeux de la paix, op. cit.* (1), pp. 55-80.

<sup>16</sup> Jean-Baptiste Duroselle, *La grande guerre des Français. 1914-1918*. París: Perrin, 1995.

<sup>17</sup> El mariscal Schlieffen elaboró progresivamente el plan de guerra llamado Plan Schlieffen, que consistía en contener una eventual embestida rusa al Este y en buscar la decisión en Francia mediante una maniobra giratoria, que implicaba la invasión de Bélgica para evitar los fuertes franceses en el Este; las fuerzas francesas debían ser perseguidas en dirección del Jura y aniquiladas. Este plan fue retomado por Moltke en 1914 y pareció tener éxito, hasta la batalla del Marne.

1914, o un ejemplo patente de lo que puede designarse como “la lógica de lo imprevisible”, definida por la suma de los errores acumulados y de las desviaciones de apreciación, cuando no se cuenta con referencias verdaderas. En agosto de 1914, exceptuando a Grey en Londres, a Bethmann-Hollweg paradójicamente en Berlín, y pronto a Benedicto XV en Roma, nadie consideró la posibilidad de una guerra prolongada.

Error de apreciación también psicológico. Pocos fueron en efecto los que apreciaron el poder del sentimiento nacional que va a permitir movilizaciones de una amplitud y de una duración, así como una suma de sacrificios aceptados, que nadie había considerado. Rusia resultó ser la más frágil; Francia –lo que resulta una sorpresa– e Inglaterra gobernadas por regímenes parlamentarios demuestran ser las más aptas para pasar la prueba. Alemania se acerca a ellas. Austria-Hungría, por su parte, también da la sorpresa. El ejército de este país multinacional se sostiene mediante el vínculo dinástico.

Errores sobre las incidencias del nuevo arsenal. Al parecer se es más hábil en la fabricación de las nuevas armas en serie (es un juego para la nueva industria) que en la apreciación exacta de su incidencia sobre el complejo militar. Las espantosas bajas, sobre todo del lado francés, provienen de una subestimación del fuego. La respuesta, posteriormente, se organiza y la disminución de pérdidas, desde 1915, y sobre todo 1916, es regular y progresiva.

¿Por qué fracasa el concierto europeo, concierto que, desde el Congreso de Viena (1815), había logrado perfectamente evitar la extensión de los inevitables conflictos? Ni la unidad italiana, ni el conflicto franco-prusiano de 1870 tuvieron jamás malos resultados. Varias rivalidades coloniales, por ejemplo la anglo-francesa y la anglo-rusa, sólo desencadenaron tensiones diplomáticas, incluidas las de los dos conflictos marroquíes de 1905 y 1911. El concierto europeo funcionó en 1911, pero también lo hizo durante numerosos conflictos balcánicos, lo que, ciertamente, dejó rastros. De hecho, es en una herida austro-rusa (balcánica) y una herida franco-alemana reavivada por la crisis de 1911\* donde se ubica la falla.

Sabemos hoy que ni la opinión francesa ni los responsables políticos consideraron jamás seriamente una guerra para recuperar Alsacia-Lorena; agre-

\*Berlín concede una autonomía relativa a Alsacia-Lorena, hasta entonces administrada directamente por Prusia (nota de la redacción).

guemos que el estatuto de 1911, ciertamente incompleto, y la consternación de los alsacianos y lorenos ante la histeria, con apariencia de anticlericalismo, cada vez más anticristiana, de los republicanos radicales en el poder en Francia había tendido, con el tiempo, a transformar el irredentismo alsaciano en aspiración a una verdadera autonomía (es claramente distinto para la mitad francófona de Mosela). Sabemos también que el pangermanismo bravucón de una parte de la prensa alemana absolutamente libre no toca más que a minorías muy reducidas. Incluso cuando el canciller Bethmann-Hollweg, en 1912, habla de un conflicto entre *Deutschtum* y *Slawentum*, es necesario hacer que voten las confianzas; nos arrastra la retórica parlamentaria, pero la cosa no llega muy lejos en el ámbito de los responsables civiles. La vulnerabilidad de Alemania proviene no del peso excesivo del Estado, sino de su debilidad. Alemania es una sociedad poderosa, agitada, pero gobernada con laxitud.

La autonomía del Estado Mayor forma parte de este complejo. El Estado Mayor alemán, sin lugar a dudas el mejor en 1914, impondrá soluciones técnicas a situaciones políticas que no logra apreciar de manera adecuada. Imaginar que Inglaterra no reaccionará ante la violación de la neutralidad belga es una metida de pata gigantesca. Una de las claves de la paradoja de esta guerra no deseada, y sobre todo mal prevista, que impuso su lógica absurda a los que se suponía que la iban a conducir, proviene a mi entender de la debilidad de la información.

A la cabeza de Alemania encontramos a una figura débil y acomplejada, el emperador Guillermo II, al que se da más poder del que en realidad ejerce. En noviembre de 1913, el barón Beyens, ministro de Bélgica en Berlín, notable francófilo, da a Jules Cambon<sup>18</sup> una noticia inquietante, a saber las palabras de Guillermo II a Alberto I, de visita en Postdam: “Una guerra con Francia es inevitable y está próxima, [...] y cuestiona [...] la actitud del gobierno y el espíritu de revancha del pueblo francés.” Alberto I protesta con firmeza. Moltke está presente y pondera a su emperador y rey. Consciente de su superioridad y de una relación coyuntural favorable, un partido en el seno del Estado Mayor desea que un error del adversario proporcione un *casus belli* plausible. Cambon previene adecuadamente a Poincaré. El gobierno francés no cometerá el error, que más bien recae en el gobierno

<sup>18</sup> Jean-Baptiste Duroselle, *op. cit.* (14), p. 17.

alemán empujado por su Estado Mayor. Una vez más, la suma de errores de apreciación es sorprendente. Sobreestimación de la fuerza rusa, subestimación de Francia fragilizada por la debilidad de la natalidad y la amplitud de la ruptura entre laicistas agresivos y católicos acosados, fantástica sobreestimación del peligro paneslavo y de la amenaza serbia, subestimación de la fidelidad dinástica de los católicos croatas y de su odio hacia los serbios, subestimación de la determinación del Reino Unido. Se entiende que militares hayan podido subestimar el rechazo inglés de todo control sobre Bélgica y de la violación demasiado ostensible de la firma en la parte final de un tratado. Lo más sorprendente es el enorme agujero negro del 28 de junio a las 18:00 horas, fecha del envío del ultimátum austrohúngaro aprobado por Alemania.<sup>19</sup> Tres semanas se perdieron, tres semanas para movilizar el concierto europeo. Lo político existe, pero su parálisis es grave. Seis potencias: Francia está debilitada, es la única república, lo que es una desventaja; Francisco José es un viejo sin fuerzas; Nicolás II, una suave réplica de Guillermo II; sólo Inglaterra tiene un gobierno, pero imperial; Alemania tiene industriales, generales y científicos; por último, Italia está fuera de la jugada. A Europa le hace falta un Metternich, un Luis Felipe o un Bismarck. Veintiséis días de inacción y diez días para demoler lo que un siglo había edificado, o mejor aún, terminado.

La historia vista desde Sirio está hecha de tendencias y corrientes, pero el acontecimiento existe para los terrícolas. El observador de Sirio distingue tres fases: incremento de la violencia del guijarro reventado en el neolítico; retroceso en 10 mil años por *politics* canalizadoras y guerra regulada; ruptura de equilibrio y ciclo corto que confirma la regla planteada y verificada de la correlación trazada entre progreso del armamento y disminución de las pérdidas.

No les relataré esta segunda guerra de 30 años. Se le imputan 106 millones de muertos directos o indirectos, un nivel vertiginoso, debido no a las armas sino a las matanzas en frío. Por vez primera desde el siglo XVII, las pérdidas civiles sobrepasan con mucho (en 1939-1947) a las pérdidas estrictamente militares.

<sup>19</sup> ¿Pero aprobado por quién? Por Guillermo II, quien no lee bien, y por Bethmann, quien se da cuenta pero no tiene voluntad para hacer que su prudencia prevalezca.

Ni la solución final ni las hecatombes del gulag o de las hambrunas científicamente organizadas en Ucrania son imputables al armamento. Datos entre mil: durante la guerra de 1914-1918,<sup>20</sup> Francia perdió el 25 por ciento de los hombres movilizados, y Alemania, el 22; de 1939 a 1945, Alemania perdió el 35 por ciento de sus movilizados y el 8 de sus civiles.

Comunismo y nazismo, los dos grandes asesinos, son productos y actores de esta nueva guerra de tres décadas. Los errores de los tratados de 1919 y 1920, la entrada en juego de los aprendices de brujo de la política terminan de programar la segunda fase, de lejos la más devastadora.

De 1945 a 1950, toda persona, por poco sagaz que fuera, considera que la tercera fase ha empezado. Es entonces cuando se produce el milagro de la bomba atómica. Lo debemos a la carrera desenfrenada por el átomo, de la fisión a la fusión, del avión al cohete. El paréntesis de los gases quedó cerrado luego de la primera fase, porque añadía un aumento intolerable de sufrimiento para una apuesta que se anula. La energía atómica es el episodio de los gases al cuadrado. Resulta claro que la bomba atómica apresura la formación del duopolio que revela ser eficaz en un punto... la tercera Guerra Mundial no tuvo lugar. Y, con mayor razón, después de 1991, ya que por el momento es impensable que Estados Unidos, solo en la lid, se haga la guerra a sí mismo. Luego de la supresión de las apuestas, asistimos a la desaparición *de facto* del adversario.

Ahí es donde reside la dificultad y donde da inicio un nuevo ciclo de la historia de la violencia, que describiré a grandes rasgos.

Habría que estar loco para lamentar el duopolio, el riesgo que implicaba y... con mayor razón, para lamentar que el armamento atómico haya frustrado a los politólogos de la tercera Guerra Mundial. No todo lo hemos perdido... Vean a Bosnia, a Ruanda, a Burundi, conflictos con armas que se consiguen a crédito y de segunda mano, y que matan. Esas pequeñas guerras (como las guerras privadas medievales) son chupadoras de sangre, ya que mantienen antiguos odios en el fuego lento de los siglos.

Así, los 50 años de no guerra mundial están marcados masivamente por una transferencia de la violencia interestatal de los grandes a la violencia intraestatal. El comunismo por violencia intraestatal sigue siendo, hasta

<sup>20</sup> André Corvisier, *op. cit.* (3), p. 174.

nuevo aviso, la mayor ideología asesina de la historia. Esa violencia era programada, organizada y, en este sentido, relativamente regulada, salvo quizá en China durante la revolución cultural, que hacía que en el Oeste se extrañaran de gusto las almas sensibles y las cabezas ligeras.

La violencia se presenta hoy en dos formas. Una es la que acabo de mencionar, la de las guerras tribales debidas a la retirada rápida de los arbitrajes y controles coloniales, así como a viejas rencillas etnotribales reguladas con un armamento “industrial”, e incluso “posindustrial”, a precios regalados y mal administrado. Otra forma, aún más infinitamente difícil de controlar, es la fantástica llamarada de violencia verdaderamente anómica en el seno de centros urbanos y periurbanos de las sociedades industriales de alta tecnología. Estas violencias se deben a la pérdida de los sistemas de valores de exhaustas sociedades de conciencia<sup>21</sup> muy antiguas. Se trata de todo un sistema de valores que se encuentra hecho jirones.<sup>22</sup>

Podría aportar un gran número de ejemplos y de cifras. Bastará con remitirse a la excelente comunicación de Denis Szabo,<sup>23</sup> sociólogo criminalista de talento que dirige el instituto de investigación correspondiente de la Universidad de Montreal. Como siempre, Norteamérica se anticipa, pero por poco. La crisis no la excluye: “Los crímenes de violencia se multiplicaron cinco veces entre 1960 y 1992: se estima que ocho norteamericanos de cada diez serán víctimas de este tipo de crímenes al menos una vez en su vida... dos asesinatos de cada cinco nunca serán identificados. El número de policías (500 mil) no ha cambiado desde 1960, un millón y medio de guardias privados garantizan la protección de los más pudientes. Los homicidios, en 1960, eran de origen mayoritariamente doméstico, hoy, son en su mayoría crímenes de desconocidos que siembran el terror”. La solución no es técnica, es política, ética, y sobre todo ontológica. Lo único que hace falta es voluntad.

Sin embargo, a decir verdad, todo cabe en una sola pregunta. ¿Tiene la vida humana el valor suficiente para que aceptemos a veces “perderla para salvarla”? ❧

<sup>21</sup> El término es de Alain Peyrefitte, *La société de confiance*. París: Odile Jacob, 1995.

<sup>22</sup> Su inversión, que paraliza a la policía y la justicia, fue descrita de manera pertinente y profética en Alain Peyrefitte, *Les chevaux du lac Ladoga*, 1981, retomado en *La France*. París: Omnibus, 1996.

<sup>23</sup> Denis Szabo, “Intégration normative et évolution de la criminalité”, pp. 202-230, en *Valeurs et modernité autour d'Alain Peyrefitte*, dirigido por Raymond Boudon y Pierre Chauvin. París: Odile Jacob, 1996.